

**Primera Ganadora del *Concurso de Relatos Eróticos*  
Organizado por: Asociación de Mujeres Jóvenes  
(2007)**

Autora: Teresa Ramos Díaz

**Título: "Besos de fresa, nata y sal"**

*"Si alguna vez fui ave de paso,  
lo olvide para anidar en tus brazos.  
Si alguna vez fui bello y fui bueno,  
Fue enredado en tu cuello y tus senos"*  
Lucia. J.M.Serrat

6.45 de la madrugada. Llovía fuerte. Un relámpago iluminaba la ventana. Un portazo se oyó en la cocina y el ruido de los cristales rotos despertó a Lucía. El corazón se le sobresalía del susto y estiró su mano para tocar el cuerpo de su amado, pero lo que se encontró fue el lado vacío de su cama y una nube de soledad le invadió el alma.

Carlos se había ido hacía 29 días de casa. Todavía estaban los armarios impregnados de su olor y no se habían podido ir todos sus detalles. Quedaba un poco de la pasta de dientes de su marca en el baño y su taza favorita seguía todavía escondida en un recoveco de la cocina, y Lucía no se atrevía ni a tirarla ni a dársela.

Lucía se quedó en la cama con la mano apoyada en su cuerpo, aún avergonzada por haber intentado buscar su calor en medio de esa madrugada oscura y lluviosa. Avergonzada, porque ella fue la que decidió "que ya no más", la que se dio cuenta de que la convivencia era monótona; de que "el amor se había acabado de tanto usarlo"; y la que sabía que la soledad compartida era la soledad al cuadrado.

A los pocos minutos sonó el despertador. Se dispuso a preparar el desayuno y por primera vez en muchos días no puso dos tazas en la mesa. Apartó los cristales rotos que había en el suelo y acarició a Burbuja, su gata de color negro. La mañana se presentaba movida: dos reuniones a primera hora, selección de personal y una comida a las tres con una alta ejecutiva y su socio para proponerles un proyecto de "un no sé qué, de un no sé qué yo". Por la tarde pasaría a hacerse la depilación y por la noche intentaría escaquearse de un cumpleaños al que estaba invitada. No le apetecía tener que ir a una fiesta a contar su nueva situación, su nueva vida, sus nuevos planes y su nueva soledad.

La mañana transcurría lenta. La lluvia seguía cayendo. El cielo estaba enfadado y los atascos, los faros encendidos de los coches y los charcos eran otros puntos del día en la agitada agenda de Lucía. Llegaron las tres de la tarde. Sentía que un agujero se le abría

en el abdomen del hambre que tenía y se replanteó si su dieta del desayuno de kiwi era lo mejor para pasar la mañana. Y una sonrisa se le puso en la cara cuando se dijo "mañana me llevo un bocadillo de jamón al trabajo".

Esperaba que en cualquier momento aparecieran la alta ejecutiva con el socio, pero seguramente la lluvia y el tráfico les impedirían llegar puntuales. De repente se le acercó un camarero y le informó de que un hombre que estaba de espaldas en la barra la estaba esperando. Se acercó a él, pero se extrañó de que no fuese acompañado de la socia. Cuando fue a saludarlo, el hombre se dio la vuelta para encontrarse con ella. Se miraron con asombro, se quedaron callados y él fue el primero que pronunció unas palabras:

- Anda, si resulta que Lucía San Juan eres tú, mi Lucy.

- ¡¡¡Luis!!! ¡¡¡Cuánto tiempo!!!

Se abrazaron. Se apretaron las manos. Se miraron. Se volvieron a abrazar, acercando sus cuerpos mientras sus manos acariciaban sus respectivas espaldas. Hacía cinco años que no se veían y que no sabían nada el uno del otro. Se conocían del instituto y habían estado en la misma pandilla. Habían compartido besos y porros a los 15 años, pero al finalizar el instituto todas y todos se distanciaron. Se olvidaron las risas, las juergas, los conciertos del verano y cada una y cada uno cogió su camino. Mateo y Julio montaron su propia empresa. Marisa acabó astrofísica. Marta y Amparo encontraron trabajo en otras ciudades... y ninguno se había vuelto a ver.

- ¡Qué cambiada estás Lucy! ¡Cómo iba yo a imaginar que era contigo con quien tenía la comida! Estás guapísima. ¿Ya no llevas gafas?

- Llevo lentillas.

- ¡Ostras, cuánto tiempo! Te llamé hace tiempo, pero me dijeron que te habías ido a trabajar fuera y luego lo fui dejando.

- Estuve una temporada trabajando fuera.

- ¡Lucía, qué gusto volver a verte!

- ¿No tenía que venir tu socia?

- Sí, pero ha tenido un percance. ¡Jo, Lucía, cuánto tiempo!

Luis estaba pletórico. Lucía había sido su primera novia, aunque sólo estuvieron dos meses saliendo. Pero recordaba aquella relación como la más inocente y romántica del mundo, como suelen ser las relaciones a los 15 años. Luego continuaron como amigos en la pandilla y siempre le había dolido perder el contacto.

Lucía no se ubicaba del todo. Estaba feliz de haberle visto, pero ella tenía que tener una reunión con él bastante importante para la empresa y no sabía cómo tratarle. Al día siguiente su jefa le pediría el informe de la reunión y tendría que darle explicaciones.

Luis había cambiado en este tiempo. El chico imberbe e inmaduro ya pasó a la historia. Se le veía centrado, seguro de lo que hacía, sin miedo a expresar sus emociones y sus alegrías. Lucía quería preguntarle muchas cosas, qué era de su vida, cómo le había

ido en ese tiempo, cómo estaba... Sin embargo, la reunión tenían que hacerla y ella no sabía ya cómo decírselo, pero Luis se adelantó a hablar:

- Oye, ¿qué te parece si hacemos la reunión que teníamos prevista para ahora y esta noche quedamos para tomar una copa? Bueno, si quieres, no sé si tienes planes con tu pareja.

- No, tranquilo, lo hemos dejado Carlos y yo, así que no hay problema. Esta noche me va estupendo.

Lucía estaba encantada de no tener que ir esa noche a la fiesta de cumpleaños y poder tener otro plan alternativo.

Luis se alegró de que ella ya no tuviera pareja. No sabía quién era Carlos, pero tampoco se lo iba a preguntar.

Después de la comida decidieron acabar la reunión en casa de Lucía porque les habían quedado un par de puntos pendientes. Ella se alegró de que él tuviera un poco de prisa, porque así a ella le daría tiempo de ir a depilarse y de pasar por el súper a comprar un par de cosas para la cena. Quería hacer como si no tuviera nada preparado, pero tampoco quería tener la nevera vacía y que sólo un par de kiwis iluminasen las baldas de aluminio.

A lo largo de toda la tarde Lucía sólo había pensado en Luis, en lo bien que lo habían pasado de jóvenes, en cómo se divertían, en cómo lloró él en su hombro aquel verano en el que le quedaron tres para septiembre... Recogió un poco la casa, secó un charquito que había en el suelo de agua que se había colado por la ventana, buscó música relajante, puso velas por el comedor, y un quemador con almizcle le daba el olor especial al ambiente.

Buscó algo apropiado para ponerse y cogió un preservativo femenino que tenía en el Romix del baño y lo puso en el cajón de la mesita de noche de su dormitorio. Salió de allí y se dijo: "Pero Lucy, ¿qué estás haciendo? Es un amigo de la pandilla y tú estás pensando en tirártelo. ¡Chica, estás enferma!". Y como si se le apareciera un diablillo en su cabeza volvió a decirse: "Chica, nunca se sabe...". Y esbozó una suave sonrisa.

Llegó la hora. Luis llegaba diez minutos tarde a la cita. Hay cosas que nunca cambian. Y ahí estaba él, con una botella de vino tinto (que parecía del bueno) y una tarrina de helado de fresa y nata (que tampoco tenía mala pinta).

Luis era alto, moreno y delgado. Se había afeitado y tenía un pequeño corte debajo de la barbilla. Llevaba un pantalón vaquero azul marino y una camisa blanca de manga larga un poco arremangada.

Lucía se había puesto un vestido de flores corto. Muy cómodo para estar por casa y como ella decía: "Es práctico y seductor a la vez". Tenía el pelo húmedo, de hecho, a ella le gustaba llevarlo así, y se había puesto perfume entre los pechos.

- Qué detalle que hayas traído helado. Siempre te gustó la nata -le dijo Lucía.

- A mí la nata siempre me gusta de cualquier manera.

Lucía no sabía qué contestar. Pensó: "Vaya tontería que acabas de decir, se la has dejado a tiro. ¿Y ahora qué le digo yo? Venga, di algo, rápido, di algo...".

- Además, siempre he pensado que no es lógico dejar los postres para el final. Si los postres son lo que más te gusta, para qué dejarlo para lo último - dijo Luis.

- Pues eso digo yo, ¿traigo dos cucharillas?

Lucía no sabía dónde meterse. Sentía que Luis se estaba insinuando, ¿pero y si eran cosas suyas?, ¿y si ella se estaba confundiendo?

- Con una nos basta, hay confianza, ¿no?

Y una sonrisa picarona acompañada de un guiño hizo sonreír a Lucía.

- Claro. Voy a buscarla.

Lucía se fue a la cocina, no sabía ya qué pensar.

Luis se quedó en el comedor. Puso en la mini cadena un CD de música ambiental que tenía Lucía por allí encima y le dio a la tecla "repeat". Observó la sala y vio que Lucía no había descuidado ni un detalle, que si las velas, que si la música, que si los cojines por el suelo...

- ¿Quieres que te enseñe la casa? -le dijo Lucía mientras mostraba una cuchara en su mano.

- Claro, será un placer.

La gata Burbuja apareció un instante y desapareció sigilosamente hacia la terraza. Burbuja ya intuía que tres eran multitud. Lucía le enseñaba la casa mientras las piernas le temblaban. Aquella noche iba a pasar algo entre ellos, lo esperaba, pero no se atrevía a dar el primer paso. Hacía tiempo que no tenía que poner sus armas de seducción ante una persona y ahora se sentía una principiante. Se acercaban a su dormitorio. Lucía buscaba con la mirada que no hubiera ningún detalle de Carlos, una foto, un libro de economía, una colonia, pero no había ni rastro de nada sospechoso.

- Lucía, tienes una casa muy bonita, como tú, que estás preciosa. Los años te han sentado la mar de bien...

Las manos de Luis se apoyaron en sus hombros.

Luis empezó a bajar su tono de voz. Miraba fijamente a Lucía. Ella había puesto sus manos en la cintura de él, pensando que de esa manera no perdería el equilibrio. Estaba nerviosa, le temblaban las piernas y con sólo los dedos de Luis en sus hombros notaba que empezaba a tener una gran excitación. ¡Estaba tan guapo! Se sentía hasta mareada. Luis le estaba bajando el tirante y sus dedos se apoyaban en ella, pero no era capaz de hacer nada más. Se sentía excitada y bloqueada a la vez. Era seguro que Luis quería algo con ella, pero todavía no se lo podía creer, aunque era evidente. No era posible que aquel

chico tan guapo, su amigo de tantos años, siguiera interesado en ella. Eran tantos los pensamientos que le venían a la cabeza, pero ninguno era ya de Carlos. Cerró los ojos. Lucía sentía que en cualquier momento se caería al suelo, que no aguantaría tanta emoción y Luis interpretó que quería ser besada.

Los labios humedecidos de ambos empezaron a bailar con sus lenguas. Lucía no dejaba de apretar sus manos a las caderas de Luis y empezó a meter sus manos por dentro de la camisa. Los dos se besaban apasionadamente y la excitación de ambos era palpable en sus respiraciones rítmicas y casi jadeantes.

Luis le empezó a besar los hombros mientras colocaba sus grandes manos en los pezones erectos de Lucía y bajaba sus manos hasta su vientre y ahí ella empezó a reírse a carcajadas:

- Para, para, que tengo cosquillas...
- ¿Ah, sí? ¡¡¡Pues ahora verás!!!

La tiró con suavidad en la cama y le empezó a meter las manos por debajo del vestido para continuar haciéndole cosquillas. Ella se reía cada vez más y estaba totalmente desinhibida, pero Luis no dejaba de darle vueltas al tema de la prevención. No había hablado con ella de si tenía preservativo, de qué pensaría ella si le decía de ponérselo, si llegarían al coito o si ella sólo esperaba juegos, de si ella tomaba la píldora, pero también estaba el tema de las enfermedades... un sinfín de dudas que le habían desplazado un poco de la situación.

- ¿Luis, estás bien?, ¿te pasa algo?
- Sí, estoy muy bien, claro. Estaba pensando... ¿te han atado alguna vez en la cama?
- No, la verdad que no.
- Pues hoy te voy a atar, ¿te apetece?
- Mmmmmmm, la verdad es que sí.

Luis le dijo que no se moviera de la cama, que enseguida volvía. Se fue a la cocina con los pantalones desabrochados y la camisa totalmente desabotonada. Se apoyó en la mesa y pensó en cómo plantearle a Lucía el tema del preservativo. Por un lado le podría preguntar si recientemente se había hecho una prueba de VIH, o qué tipo de métodos anticonceptivos utilizaba con Carlos, pero no le parecía bien tener que sacar el tema del "ex" de Lucía en esos momentos. Además, él recientemente había tenido situaciones de riesgo, pero no quería perderse esa noche de lujuria con Lucía.

Lucía se quitó el vestido y se puso un camisón de raso que tenía en el armario. Le gritó a Luis que tardara un poco más, que se iba a cambiar para estar más sexy, pero luego lo pensó mejor y se quedó totalmente desnuda esperando a que él apareciera. Luis empezó a revolver por los cajones de la cocina para encontrar algún trapo con el que poder atar a Lucía en aquella cama tan grande y con esos barrotes de hierro forjado que

tanto incitaban a una noche especial. Encontró un delantal y pensó que sería ideal para colocárselo totalmente desnudo. Siguió revolviendo a ver qué encontraba y vio papel de aluminio y film transparente de cocina. Lo apartó y se le ocurrió una idea. Una vez le comentó una amiga suya que para prevenir las enfermedades con el sexo oral se podía utilizar el film transparente de esos que utilizamos para envolver los bocadillos. Él en aquella ocasión pensó que aquello podría ser muy frío, pero se acordó del helado que estaba en el comedor.

Se desnudó en la cocina. Se colocó el delantal blanco. Cogió cubitos de hielo en la nevera, los puso en un vaso y otro se lo puso entre los dientes. Y se presentó como un auténtico camarero: con su delantal y su bandeja en una mano con el vaso con cubitos, el film transparente, el helado, mermelada y leche condensada que había encontrado por la nevera.

- Cielo, no me extraña que hayas tardado tanto, me empezaba a preocupar de que te hubieras arrepentido...

- ¿Arrepentirme? Prepárate porque esta noche no la vamos a olvidar en la vida - dijo Luis con una frase desafiante a lo Humphrey Bogart.

Y otra vez los besos y las risas inundaron la habitación.

Luis arrancó dos grandes trozos de film y se los ató a Lucía en las muñecas y a las barras de la cama. Cada brazo en una punta. El cuerpo de Lucía a la voluntad de Luis, pero los nudos no apretaban y las manos podían salir perfectamente. La respiración de Lucía se agitaba cada vez más. Estaba a gusto con Luis y no paraba de pensar que menos mal que había puesto el preservativo en la mesita de noche porque ya se olía ella que podría pasar algo aquella noche.

Más trozos de film estaban colocados en el cuerpo de Lucía. Uno en cada pecho, otro en el ombligo, otro enorme que le cubría todo el monte de Venus, los labios mayores y más allá de perineo, otros dos en las rodillas, y dos más en los tobillos.

Luis se puso encima de ella y empezó a besarla. Le tocaba los pezones, que seguían erectos, y le acariciaba todo su cuerpo suavemente. Con un cubito de hielo recorrió todo su cuerpo, haciendo hincapié en los pezones, que se estremecían a pesar de tener el film envolviéndolos. Ponía sus besos de hielo en el ombligo y bajaba suavemente a los vellos del pubis de Lucía. Era la primera vez que ella vivía aquello. El contraste del frío con el film le hacía sentir por todos los poros de su piel y se mordía el labio inferior de la boca de tanto placer.

Y el helado también empezó a cobrar protagonismo. Luis le puso helado por los labios y los dientes mientras su lengua fluía con la suya. Los besos sabían a nata, fresa y sal; y la mano de Luis se perdía entre las piernas de Lucía. Era tal la humedad de Lucía, que se oía el chasquido de su flujo con el del film. A Luis la situación cada vez le gustaba más y su pene estaba erecto hacía ya bastante rato. Con los dedos embadurnó todo el monte de Venus de helado y hundió su cabeza entre sus piernas. Su lengua jugueteaba con su clítoris mientras intentaba penetrar con su lengua en lo más profundo de Lucía. Ella llegaba ya a sus primeros orgasmos simultáneos mientras le pedía que él no se corriera.

El tamaño del pene de Luis había aumentado considerablemente, y podría esperar un poco más en correrse, pero no por mucho tiempo. Había sido tan gratificante ver revolverse de puro gusto a Lucía y él se sentía tan tranquilo al estar protegido por el film, que hubiera eyaculado encima del cuerpo de ella y aun así no hubiera habido riesgo de infección. Pero aún no... Todavía habría más juego.

Lucía también estaba preocupada por el tema de las enfermedades. No veía oportuno preguntarle a Luis si estaba con alguien, si tomaba normalmente medidas de protección. Le iba a preguntar si era promiscuo, pero luego pensó que esa pregunta era una tontería porque eso no tenía nada que ver. También se planteó que tampoco tenía pinta de tener ninguna enfermedad, pero igualmente pensó que eso también era un error. Pensó asimismo que por una vez que no tomara medidas tampoco le iba a pasar nada, no le iba a tocar a ella, pero le volvió a salir su diablillo de un lado del cerebro, que le decía "¡pero estás tonta!, no te la juegues por una noche loca, utiliza el preservativo y disfruta, porque tanto darle vueltas al asunto y no estás disfrutando todo lo que podrías".

- Lucía, no sé si podré aguantar mucho más...

Y de repente le dice ella:

- ¿Te han puesto alguna vez un preservativo con la boca?

Luis se quedó sin musitar palabra, y moviendo la cabeza contestó que no.

- Pues hoy te lo voy a poner yo.

Lucía sacó un preservativo masculino de una cajita de plata que había en la habitación y empezó a jugar con él. Sin abrirlo, acarició con su envoltura todo el cuerpo de Luis mientras él apretaba las uñas en las sábanas. Con la punta del plástico acarició su prepucio mientras Lucía le soplaba suavemente. Le rozaba los labios, los pezones, el cuello, el vello púbico, lo restregó por su perineo, se enredó con sus testículos... y todo tan sólo con el pico de la envoltura.

Luis tenía el pene en total erección. Sentía escalofríos de placer por todo su cuerpo. Ella se puso lubricante en las manos como si fuera una crema de manos y con la misma dulzura embadurnó todo el glande de Luis con masajes, incluidos los testículos, y se introdujo crema también en su vagina mientras jugaba con sus labios menores. Luis la observaba cada vez con más expectación y deseo. Ella abrió el preservativo con mucho cuidado mientras silbaba a lo Joe Cocker aquello de "quítate el sombrero", de la banda sonora de *Nueve semanas y media*, mientras su cuerpo se contoneaba insinuante delante de él.

Sacó el preservativo de su saquito. Miró que éste estuviera en forma de sombrero mexicano, porque esa era la forma adecuada para que pudiera girar por todo lo largo del pene. Se introdujo el preservativo en la boca, apretó sin excederse el capuchón entre los dientes para que no entrara aire y empujando con los labios de su boca empezó a cubrir al completo el pene de su amante. Lo había practicado docenas de veces con una zanahoria, pero siempre había fracasado, pero a la hora de la realidad, delante del pene de Luis, lo había conseguido a la primera. Su recompensa: la cara de felicidad y de asombro de Luis.

La boca de Lucía sólo tenía espacio para aquel pene, que solo pedía clemencia y que se acabara aquel sufrimiento con el premio de la eyaculación, pero ninguno de los contrincantes estaba dispuesto a que eso ocurriera de momento. La boca de ella se insinuó por todos los genitales de Luis. Mordisqueó el escroto... lamió todo el glande... recorrió de nuevo el perineo con su nariz... introdujo las yemas de los dedos en la entrada del ano... y mientras a Luis le faltaban manos para tocar aquellos pechos erizados, aquellas curvas blanditas, sus dedos de vez en cuando se deslizaban por las humedades de la vagina de Lucía.

El pene de Luis seguía erecto. La vagina de Lucía estaba cada vez más juguetona. Se susurraron al oído que querían más y ella agarró el pene con seguridad y lo fue introduciendo en su vagina mientras el preservativo y el lubricante parecían querer deslizarse por otros senderos. Recordaba una batalla divertida entre los dedos de Lucía y el caballero de la armadura, pero poco a poco se empezó a deslizar entre las paredes duras y excitadas de la vagina. Los labios de la vulva de Lucía estaban duros y arropaban al pene. Los vaivenes eran constantes y las respiraciones de ambos cada vez más fuertes y acongojadas. El placer se reflejaba por todos lados, por las orejas, por los muslos, por las yemas de los dedos... todo era un jadeo constante y un puro goce continuo. Las manos de Lucía se apoyaban en las costillas de Luis y arqueaba la espalda para sentir más profundamente la penetración.

Cambiaron de postura y ahora era él quien estaba encima de ella, el que agitaba con entusiasmo su pene dentro de ella y donde el olor a sal, flujos y saliva se confundían con los alientos apresurados y temblorosos. Lucía levantaba sus piernas abrazándose en la espalda de Luis mientras le arañaba con sus uñas cortas. Ella movía su vagina contrayéndola y relajándola entre las sacudidas de Luis y lo que más le gustaba era pedirle que se parara de vez en cuando para notar que aquel pene duro estaba siendo acariciado por su humedad constante.

Los orgasmos de Lucía volvían a fluir por segundos y Luis entraba y salía con una facilidad inimaginable de aquel cuerpo excitado. Él empezó a eyacular dentro de aquel preservativo que tanto placer les había dado a los dos, y antes de que su pene se volviera flácido lo retiró de la vagina colocando los dedos en la base para que no se quedara dentro de Lucía.

Luis lo infló un poco para ver si había habido alguna rotura y todo estaba en orden. Lucía le hizo un nudo y lo tiró en la papelera del dormitorio. Los amantes estaban sudorosos y olían a ese aroma agrídulce de los cuerpos después de haber combinado tantos sabores diferentes.

Decidieron ducharse juntos y se durmieron abrazados sin decirse mucho más. No se preguntaron qué pasaría al día siguiente, si Luis tenía pareja, si todavía había esperanzas de volver con Carlos, si el proyecto de trabajo que tenían en común saldría adelante...

Los únicos testigos que quedaban en la habitación eran los trozos de film transparente empapados en hielo derretido; la tarrina de helado; la mermelada y la leche condensada sin usar; el delantal blanco perdido por debajo de la cama; el preservativo que sobresalía por la papelera y la ropa interior tirada por el suelo.

En la cocina, la gata Burbuja no había conciliado el sueño. Jugaba con los pantalones azul marino y se preguntaba si tendría que dormir muy a menudo en la terraza en aquellas noches oscuras de lluvia.